

retirarse y á confiar á Richelieu el mando y toda la direccion del sitio. Habiendo regresado de resultas de la noticia que le dió el ministro, apenas se presentó cuando se rindió á discrecion la plaza, que estaba ya en el último apuro. Se emplearon dos dias en limpiar la ciudad, cuyas calles veíanse llenas de muertos y moribundos, despues de lo cual verificó el Rey su entrada en ella á primeros de Noviembre de 1628. Perdonó la vida de los habitantes, restableció la Religion católica, abolió el regidorato, demolió las fortificaciones del lado de tierra, y dió el gobierno á Thoiras, que habia sido el principal autor de la conservacion del fuerte de San Martin en la isla de Rhe.

51. Entretanto, la firmeza de Luis XIII contra los rebeldes de la Rochela, levantó una persecucion contra los católicos de la Gran Bretaña, donde habia heredado Carlos I la corona y la heregía de Jacobo I, su padre. Agitado el nuevo Rey de un depecho mas bien pueril que tiránico, pretendió vengarse en los vasallos católicos que le obedecian, de que el Rey Cristianísimo reducía á la obediencia á unos vasallos hereges que tenian las armas en la mano contra él. Renovó, pues, todos los antiguos edictos fulminados contra los que profesaban la fe romana, y ordenó prender á todos los clérigos y frailes que se hallasen en sus estados. Pero todo este aparato se redujo á poner en la cárcel á unas cuantas personas.

52. La toma de la Rochela fue un golpe mortal para los calvinistas de Francia. Hubo en verdad alguna resistencia en las provincias meridionales.

Privas, plaza del Vivarés, la mas fuerte de cuantas cayeron en poder de los rebeldes, osó sostener un sitio contra el Monarca en persona; pero entregáronla á saqueo, y fueron ahorcados cien habitantes de los mas principales, y otros ciento condenados á galeras. Este oportuno egemplar de severidad produjo todo el efecto apetecible; porque la mayor parte de las ciudades rebeldes de aquellos distritos, aun las que estaban situadas en los desfiladeros de las montañas, se rindieron antes de ser acometidas, siendo muy pocas las que quisieron esponerse á sufrir un cañoneo ó á ser saqueadas. Fueron destruidos los asilos, quedaron desmanteladas las plazas, y á pesar suyo se sujetó la rebelion al yugo de las leyes. Habiéndose trasladado despues el Rey á Nimes, espidió un edicto de pacificacion, aboliendo todo lo pasado; y este fin tuvo, por efecto de un vigor digno del trono, la última guerra de religion que ha habido en Francia.

Desde esta época fue decayendo constantemente el partido, como que ya no tenia ninguna plaza de defensa, ni asambleas públicas, ni tesoro comun, ni gefes que le dirigiesen. Ya hemos visto que la abjuracion del duque de Lesdiguières le habia privado de la ventaja faláz de valerse de su nombre. El duque de la Tremouille se habia hecho tambien católico durante el sitio de la Rochela, y la penetracion y firmeza del ministro habian entubiado mucho el celo de los demás señores por una religion que nada podia ya contribuir á sus designios ambiciosos. El duque de

Roan, que era el corifeo del partido, empleó muy pronto en defensa de su Rey la espada con que antes le habia hecho guerra. A ejemplo de los grandes, la nobleza ordinaria y los demás ciudadanos se desprendieron por grados de aquella secta fatal, de suerte, que en el siguiente reinado no faltó para la entera ruina del calvinismo mas que derribar sus templos. Así Richelieu en pocos años, y cuando esta secta participaba en cierto modo de la soberanía bajo la autoridad de los tratados y de las leyes, hizo contra ella mas de lo que se habian atrevido á hacer en el discurso de tres ó cuatro reinados, cuando estaba todavía tan poco cimentada que solo podia sostenerse á fuerza de cábalas, y por la grande incuria del gobierno. ¡Cuánta efusion de sangre y cuántas calamidades se hubieran evitado en la Francia, si la mano que empuñaba ó dirigia el cetro hubiese usado desde luego del vigor que una triste esperiencia demostró por último ser indispensable!

53. Principiaba tambien el Señor á derramar sus misericordias sobre la iglesia de Alemania. Fernando II, que tantas dificultades tuvo que vencer en los primeros tiempos de su imperio, habia logrado desde entonces una serie de triunfos casi no interrumpida. El baron de Valstein que habia pasado últimamente desde la clase de coronel á la de general en jefe, mostró desde luego que esta elevacion rápida no era efecto del favor, sino de un discernimiento esquisito. Entre otras hazañas no menos gloriosas que útiles, derrotó de todo punto en la jornada de Dessau, á

orillas del Elva, al conde de Mansfel, uno de los mas formidables defensores del partido protestante. Un regimiento entero rindió las armas para recibir las cadenas del vencedor. Seis mil enemigos quedaron muertos en el campo de batalla, ó perecieron parte de ellos en la fuga. Se hicieron en esta pelea mil y quinientos prisioneros. Las banderas, la artillería y todos los bagages cayeron en poder de los imperiales, los que, arrebatados de un ímpetu marcial, se apoderaron de la ciudad de Zerbst, y pasaron á cuchillo toda la guarnicion. En el mismo año 1626 quitó el conde de Tili al landgrave de Hesse la ciudad de Munden, en que perecieron cerca de tres mil hombres entre soldados y paisanos. Despues de dos ó tres dias de marcha acometió cerca del castillo de Lutter al Rey de Dinamarca unido con el landgrave. Fueron derrotados ambos, y quedó destrozada casi toda la infantería hesesa á vista de su Príncipe. La artillería y todos los bagages fue lo menos que perdieron los vencidos, pues murió el hijo primogénito del landgrave con muchos oficiales de graduacion, siendo mucho mayor el número de los que quedaron prisioneros.

54. Habiéndose reunido despues Valstein con Tili, no alcanzó oposicion alguna contra los esfuerzos combinados de estos dos héroes, cuyas conquistas fueron tan rápidas como sus marchas. Últimamente, el Rey de Dinamarca que no tenia ya en todo el continente mas ciudad que la de Gluckstad, se vió obligado á pedir la paz, y se ajustó en Lubek un tratado

mucho mas favorable de lo que él podia prometerse. Acertada política que los ministros imperiales no estendieron al Rey de Suecia, ignoramos por qué capricho; ¡pero qué consecuencias tan fatales acarreó esta parcialidad! Empeñáronse en no admitir ni dar oídos á los embajadores de aquel Príncipe, del gran Gustavo, que ansiaba tener parte en el tratado; y era éste el momento decisivo para la prosperidad del Emperador, para la conservacion del imperio y para la quietud de toda Europa. No habia cosa mas fácil que sofocar en su origen las desavenencias que llegaron despues á ser tan terribles entre Gustavo Adolfo y Fernando II.

55. Pero ¡cuán limitada es la prevision humana en el seno de la victoria y de la fortuna! El Emperador despreció á un enemigo de quien no se recelaba, ó bien por la distancia, ó bien por suponerle de pocas fuerzas, y costó un diluvio de sangre al imperio el espiar este desprecio. Cometió Fernando otra falta gravísima, mezclando sus intereses domésticos con el interés comun del estado y de la religion; porque no obstante que los luteranos habian puesto ya al duque Augusto, hijo del elector de Sajonia, en posesion del arzobispado de Magdeburgo, solicitó el Emperador y logró las bulas á favor de su hijo el archiduque Leopoldo: lo que fue causá de que perdiese la alianza de este elector, el cual se declaró por el partido de los protestantes. Resentido vivamente el sajón, convocó desde luego una asamblea de sectarios en Leipsik, donde los Príncipes, disgustados del famoso

edicto de restitucion que tambien publicó el Emperador en aquellas circunstancias, concluyeron la liga en que entró el terrible Gustavo.

56. Mandaba el edicto á todos los protestantes que se hubiesen apoderado de cualesquiera bienes eclesiásticos desde el famoso tratado de Passau ajustado con Cárlos V, que los devolviesen á los antiguos poseedores, pena de ser perseguidos con todo rigor, y condenados despues á restituir, además de las posesiones usurpadas, todos los frutos que hubiesen percibido. Fundábase este edicto en el tratado de Passau, en el que se habia dispuesto, que si algun beneficiado desertaba de la religion antigua para abrazar la nueva, habia de renunciar todos los bienes y rentas eclesiásticas que poseyese. Pero desde entonces los beneficiados apóstatas, no solo conservaban los bienes de la Iglesia, sino que habian quitado á los católicos dos arzobispados y doce obispados, con una multitud de abadías, conventos y beneficios de todas clases. Mas el Emperador, que se hallaba entonces triunfante, hizo poco caso de ellos y de los movimientos de sus Príncipes; porque la mayor parte de éstos, debilitados con las guerras anteriores, eran poco temibles. Toda la Alemania, escepto los electores de Sajonia y Brandemburgo, se sujetó al edicto, cuya egecucion defendia Valstein con un egército respetable. El duque de Witemberg y otros muchos Príncipes restituyeron en efecto todo lo que habian usurpado. Las ciudades imperiales fueron mas dóciles ó tal vez mas tímidas, y á la de Augsburgo, de

donde tomaba su nombre la fe luterana, se la trató sin ningún miramiento.

Habría quedado destruido el coloso protestante, y quizá toda la religión reformada de Alemania, si Valstein, que no conocía ninguna ley cuando se hallaba mandando un ejército, no hubiera procedido con un rigor que malquistó los ánimos más que el mismo edicto. Fernando agravó el mal por mezclar de continuo sus intereses con los de su religión, y abusar de su poder para oprimir la libertad germánica. Como su hijo y sucesor abusó todavía más en este punto, se pusieron al arma todas las potencias vecinas: de donde resultó aquella guerra funesta que sumergió al imperio en unas turbulencias interminables, durante las cuales recobró la secta todos los bienes de que la habían despojado, y además se atribuyó unos derechos exorbitantes, de que no había gozado nunca, considerándolos después como una conquista propia y como un patrimonio inalienable. Si en el momento presentado por la divina Providencia hubiesen seguido los Emperadores la conducta del Rey de Francia contra la herejía, es probable que hubiera tenido el luteranismo en Alemania la misma suerte que el calvinismo en aquel reino (*).

(*) Parece inferirse de lo que dice aquí Berault, que el hugonotismo, ó sea el calvinismo riguroso, quedó totalmente extinguido en Francia en el reinado de Luis XIII y á los repetidos golpes que le dió Richelieu. Sin embargo, no creemos poderlo así asegurar en vista de las ulteriores maquinaciones de aquella secta impía, y de las grandes dificultades que tuvo que vencer Luis XIV, para llevar á

Mas aún no había llegado el día señalado para la plena efusión de las misericordias del Señor sobre su Iglesia; y debía quedar espuesta á otras pruebas del todo nuevas á la fe de los verdaderos creyentes. Todavía no estaba destruido el hugonotismo, rama enorme de la impiedad disfrazada con el título de reforma, cuando de su tronco, tan fecundo por desgracia, brotó un nuevo vástago, débil á los principios, y confundido entre el polvo de las escuelas y del claustro, huyendo de la luz y avergonzado de su origen. Pero trabajó inútilmente en estender las sombras de misterio aun sobre su mismo nombre, porque nadie dejará de conocerle por el primer bosquejo que se haga de él. Es un vástago del calvinismo, ó por mejor decir, un calvinismo mitigado ó mutilado, sin más diferencia que la de estar esento de la impiedad sacramentaria; pues por lo demás apenas existe un punto de doctrina en que difiera su patriarca del de los calvinistas, como no sea que el oráculo de Ginebra quita al concilio mismo la autoridad que el reformador ó los reformadores de Utrecht niegan á los

cabo la revocacion del edicto de Nantes. ¿Y la relajacion de costumbres que inundó aquel reino en la minoridad de Luis XV, y la revolucion que llevó al patíbulo á Luis XVI, qué otra cosa fueron que los resultados del hugonotismo, y los últimos esfuerzos de los sucesores de aquellos primeros revolucionarios? Es tan cierta á nuestro parecer esta asercion, que ella sola da lugar y produce las más serias reflexiones, sin las que apenas se podría conocer el origen y progresos de las últimas revoluciones de aquel reino. Persuadidos de esta verdad, presentaremos á nuestros lectores, al fin de este tomo, algunas observaciones sobre el calvinismo de Francia.